

SÁNCHEZ, F.: *Quod nihil Scitur*. Edición y traducción de S. Rábade, J. M. Artola y M. F. Pérez. C.S.I.C., Instituto de Filosofía «Luis Vives». Madrid, 1984, 261 pp.

Acaba de aparecer en la editorial C.S.I.C. una edición crítica, bilingüe del *Quod nihil Scitur* de Francisco Sánchez. Se trata de una edición pulcra, bien cuidada, rigurosa que ha estado a cargo y ha sido realizada por tres grandes autoridades de nuestra Universidad y del Instituto «Luis Vives» de Filosofía: Sergio Rábade, J. M. Artola y Francisco Pérez. La edición de esta obra no deja de tener interés por lo que tiene de rescate de una obra del siglo XVI que ha pasado desapercibida de la crítica filosófica y literaria hasta el momento presente.

La «Nota preliminar» ha sido escrita por Sergio Rábade. En ella el lector encontrará algunas noticias de la vida de Sánchez y el entronque de esta obra: el *Quod nihil Scitur* dentro de esa corriente escéptica que, capitaneada por Montaigne, tuvo amplia influencia y repercusión en Francia; pasando, seguidamente, a ofrecernos un resumen del libro donde se encontrarán brevemente pergueñadas las ideas principales y la trama argumental del libro desde un punto de vista gnoseológico.

La «Introducción» técnica ha corrido a cargo de Francisco Pérez. Es un documento que debe leerse con atención. En ella se nos señalan debidamente las dificultades que han tenido que vencer los autores de esta edición para la confección y puesta al día de la obra. Su propio juicio personal cuando refiriéndose al trabajo realizado y al tiempo empleado, dice: «lo daríamos por bien empleado si sirviera para brindar un servicio a la filosofía en general o a la cultura ibérica en particular», lo hacemos nuestro. Y tras un examen detenido de las ediciones clásicas de la obra —la de Lyon, en 1581; la de Frankfurt en 1618, bajo el enigmático título: *De multum et prima universali scientia, Qhod nihil Scitur*; la de Tolosa en 1636, ya muerto el autor; la de Rotterdam en 1649; y la de Stettin en 1665—, y después de estudiar las recientes ediciones portuguesas de 1955, publicadas en Lisboa y en Coimbra, decide quedarse como base de la traducción —a mi juicio acertadamente— con la edición príncipe (Lyon 1581), sin por ello dejar de lado a las otras con el fin de establecer mejor el texto latino y efectuar la mejor traducción.

### 1. *El Quod nihil Scitur en la historia del pensamiento*

El Q.N.S. históricamente hablando ocupa un lugar por derecho propio dentro de esa corriente de ideas que es el Renacimiento. No se trata de una obra cumbre excepcional, de ésas que marcan una época, pero se mantiene a bastante altura en términos relativos: comparándola con otras obras que vieron la luz por aquel entonces. Una breve ojeada nos daría: *el Elogio de la*

*locura* de Erasmo, publicada en 1511; la *Breve disputa de ocho levadas contra Aristotil y sus secuaces*, Salamanca, 1517; el *Adversus pseudo-dialecticos* de Vives, en 1520; las *Dialecticae institutiones et animadversiones in dialecticos Aristotelis* de Petrus Ramus, en 1543; el *De revolutionibus orbium caelestium*, de Copérnico, en 1543; el *Diálogo de la dignidad del hombre*, de Pérez de Oliva en 1546, y en Venecia en 1563; los *Ensayos* de Montaigne en 1580; el *Qhōd nihil Scitur* de Francisco Sánchez en 1581; las *Disputationes Metaphysicae* de Suárez, en 1597. Lo característico, lo sobresaliente, es la reacción contra la dialéctica y control del aristotelismo al menos en la primera parte de este siglo, que desembocará en la segunda mitad gracias a la traducción al latín de las obras de Sexto Empírico —en 1562 las *Hipotiposis pirrónicas*, y el *Adversus matemáticos* en 1569— en un marcado escepticismo que, como ha mostrado Juan Cobos, no es patrimonio exclusivo del país galo; y como reacción, no sólo a este estado de cosas sino también a la crisis de valores que se vivía observamos un rebrotar, al final del período, del aristotelismo y del tomismo a cargo del pensador metafísico más importante: Francisco Suárez.

Dentro de este contexto la obra de Sánchez se nos aparece como una toma de conciencia que se enfrenta a la crisis del Renacimiento desde categorías escépticas; así, lo vemos que a menudo «daba vueltas a los dichos de los antiguos, tanteaba el sentir de los presentes» sin encontrar lo que buscaba, buceando en el laberinto de la confusión, reconociendo a veces que «ciertas sombras de verdad me ofrecían algunos, pero no encontré a ninguno que manifestase sincera y absolutamente lo que se ha de juzgar de las cosas»; por todo ello, decide dar un vuelco, cambiar de método y «poniendo todo en duda, como si nadie hubiera dicho nada jamás, comencé a examinar las cosas mismas, que es el verdadero modo de saber» (Q.N.S. «Prólogo» III).

La obra de Sánchez fue bastante bien acogida. En medio de una incompreensión generalizada —se la consideró como un mero tratado escéptico en sentido negativo— sirvió, no obstante, de puente hacia otras doctrinas y otros pensamientos, y no nos extraña verla rebrotar en un Bacon y en un Descartes. Desde este punto de vista, consideramos a Sánchez —pariente espiritual y familiar de Montaigne—, como un hombre de la duda que busca la certeza, como un temperamento inquieto, polemista, que no se conforma con lo establecido, que desea probar sus armas en el terreno de la ciencia haciendo de ella un experimento, al someterla a una prueba negativa, a la prueba negativa de su escepticismo; pero que, inmerso tal vez demasiado en su propio tiempo y en los prejuicios inherentes a toda época histórica, no supo o no pudo sacar partido a su crítica; acaso fuera debido a su peculiar forma de pensar, o porque plantea su libro de un modo antitético, sin solución de continuidad, bien porque tan sólo pretendiera exponer aquí una valoración negativa, para más adelante exponer la parte positiva; lo cierto es que nosotros podemos saber bastante bien cuando se equivoca, pero no es tan sencillo ver dónde acierta.

## 2. *El Quod nihil Scitur a las puertas de la modernidad*

Lo más destacable de esta obra, como ya apuntara Rábade en la «Nota preliminar» es el tema del conocimiento. Sánchez vio claramente que el problema fundamental de su época —el Renacimiento en su etapa final— estaba vinculado al problema de la fundamentación del conocimiento científico. También comprendió que una fundamentación rigurosa de la ciencia se hallaba vinculado al problema del método. Mas, a pesar de sus dotes personales, de su capacidad intelectual, de sus lecturas, como matemático, observador experimental, médico, poeta y filósofo planteó el problema —al menos en este tratado—, de una manera aporética. *Oponiéndose constantemente al aristotelismo, su duda de partida presenta el carácter de una antítesis que parece quedarse en el mero enfrentamiento, en la mera confrontación; de donde que tan sólo podemos destacar la inseguridad —más que la ignorancia— respecto del problema del conocimiento y de la verdad.*

¿Desde qué instancia plantea Sánchez el problema del conocimiento? Desde una instancia puramente empírica. El conocimiento, en efecto, proviene de los sentidos (Q.N.S., p. 51). Pero los sentidos son limitados: ven sólo lo externo, sin llegar a conocer realmente; la mente sólo considera lo captado por los sentidos pues más allá de lo aprehendido por ellos todo es «confusión, duda, perplejidad, adivinación y no hay nada cierto» (Q.N.S., p. 51). Esta concepción empirista, sin embargo, parte y se fundamenta en la *tábula rasa* de Aristóteles. Sánchez no tiene inconveniente en admitirlo. No obstante, este empirismo se opone al intelectualismo que practicaba la abstracción como modo de conocimiento. Su empirismo, pues, supone un enfrentamiento con la lógica y dialéctica tradicionales en favor de la intuición (*interna visio*), pues Sánchez, como antes Ockham, piensa que sólo los individuos existen, que sólo ellos son percibidos por nuestros órganos sensoriales: «quien quiera saber algo —afirma Sánchez (Q.N.S. P. 90)— tiene que observar (directamente) las cosas»; esto es, deberá intuirlos; pero también afirma: «*de individuis autem fateris nullam esse scientiam, quia infinita sunt*».

Respecto del inteligir —la otra faceta, el otro polo además de los sentidos— se muestra escéptico, a pesar de reconocer la primacía e importancia del pensamiento: «esté en la calle o en el campo nunca dejo de pensar en algo» (Q.N.S., p. 33). Su escepticismo se dirige sobre todo a los productos que el pensamiento crea o encuentra en sí mismo: «las cosas espirituales, sutiles y elevadas, como las cosas celestes y los principios no los conocemos de ningún modo» (Q.N.S., p. 52), porque se encuentran demasiado alejados de los sentidos. La limitación de que sólo se nutre de los elementos y datos que nos proporcionan los sentidos.

Ahora bien, los sentidos nada conocen, por tanto «nada juzgan: se limitan a recibir lo que ofrecerán a la mente para que ésta los conozca» (Q.N.S. p. 55). Además, los sentidos nos engañan; la vista, a pesar de te-

ner un órgano perfectísimo, se equivoca en innumerables ocasiones, y lo mismo ocurre con los demás sentidos (Q.N.S. p. 60). De hecho, si el conocimiento sensorial es nuestro mejor conocimiento y está plagado de errores, y si los sentidos suministran a la mente, al pensamiento todos estos errores ¿qué podrá hacer ésta sino engañarse? Es justo lo que piensa Sánchez, de donde su repetida coletilla: *nihil Scitur*, o, lo que es lo mismo: todo se ignora. De ahí que nuestro conocimiento, que no se niega con un carácter absoluto, sea para Sánchez sumamente imperfecto en lo relativo al hombre, que es el conocimiento que está en cuestión. El conocimiento perfecto sólo es atribuible a un ser perfecto: Dios. Pero el hombre no es Dios; es un ser demasiado contingente y limitado. ¿Cómo podrá conocerlo todo? En realidad es imposible. No obstante en sus palabras finales conjeturamos una luz de esperanza que se abre a la posibilidad de conocer: «Los desdichados humanos tiene dos medios para hallar la verdad, toda vez que no pueden conocer las cosas por sí mismas... Tales medios son la experiencia (*experimentum*) y el juicio, ninguno de los cuales puede mantenerse debidamente sin el otro... Por el momento advierte que de esto no se sigue nada. La experiencia es siempre falaz y difícil, pues, aunque se lleve a cabo perfectamente, sólo muestra lo que sucede en el exterior, pero en modo alguno muestra la naturaleza de las cosas. Y el juicio se practica sobre lo que se ha averiguado mediante la experiencia; por tanto, también él en cierto modo sólo puede practicarse sobre lo externo, y eso, además mal, mientras que sólo por conjeturas alcanza las naturalezas de las cosas, ya que, al no haberlas obtenido por experiencia tampoco él mismo es capaz de alcanzarlas, aunque a veces cree lo contrario» (Q.N.S., p. 90).

Jesús PASTOR GÓMEZ

DESCARTES, R.: *Reglas para la dirección del espíritu*. Introducción, traducción y notas de J. Navarro Cordón. Alianza Ed. Madrid, 1984, 170 pp.

A mediados del pasado verano apareció en las librerías la traducción que J. M. Navarro Cordón ha realizado de las *Reglas* de Descartes. Es este un hecho que celebramos y agradecemos, por cuanto cubre con seguridad y acierto el hueco que la ausencia de esta obra constituía en la bibliografía filosófica de habla española, no solventada con garantía y fiabilidad por las versiones hechas a nuestra lengua.

La presente edición, que toma «como base el texto de AT. —cuya paginación se reproduce—, optando en cada caso por las variantes de los otros textos —el recuperado por Leibniz y el seguido por Crapulli— que nos han parecido más pertinentes» (pp. 16-17), trata de reducir sin traicionar, puesto que se advierte un serio esfuerzo por seguir con fidelidad